

LIBRO VIGÉSIMO SÉPTIMO

FRIEDLAND Y TILSIT

Acontecimientos del Oriente durante el invierno de 1807. — El sultán Selim, aterrado con las amenazas de la Rusia, restituye en sus destinos á los hospodares Ipsilanti y Maruzzi. — Los rusos sin embargo siguen marchando hacia la frontera turca. — Al saber la violación de su territorio, la Puerta, aconsejada por el general Sebastiani, envía sus pasaportes al ministro de Rusia Italinski. — Los ingleses, de acuerdo con los rusos, piden la reposición de Italinski, la expulsión del general Sebastiani y una declaración de guerra inmediata contra la Francia. — Resistencia de la Puerta y retirada del ministro de Inglaterra Mr. Charles Arbuthnot á bordo de la escuadra inglesa fondeada en Tenedos. — El almirante Duckworth con siete navíos y dos fragatas fuerza el paso de los Dardanelos sin sufrir el menor daño, y destruye una división naval turca en el cabo de Nágara. — Terror en Constantinopla. — Discordia en el gobierno turco, dispuesto ya á ceder. — El general Sebastiani anima al sultán Selim y le decide á fingir una negociación para ganar tiempo y armar á Constantinopla. — Síguense los consejos del embajador francés y ármase la ciudad en unos cuantos días con auxilio de los oficiales franceses. — Ábrense parlamentos entre la Puerta y la escuadra británica fondeada en las islas de los Príncipes. — Concluyen los parlamentos con una terminante negativa á las exigencias de la legación inglesa. — Dirígese á Constantinopla el almirante Duckworth, encuentra la ciudad armada con trescientas bocas de fuego y se decide á volver á los Dardanelos. — Atraviesa nuevamente el estrecho, pero con grave daño para su división. — Grande efecto producido en Europa por este acontecimiento en beneficio de la política de Napoleón. — Éste, aunque vencedor, arredrado por los obstáculos que la naturaleza le opone en Polonia, se adhiere á la idea de una vasta alianza continental. — Hace nuevos esfuerzos para penetrar el secreto de la política austriaca. — La corte de Viena contesta á sus preguntas ofreciéndole su mediación para con las potencias beligerantes. — Napoleón ve en este ofrecimiento un pretexto para entrometerse en la contienda y disponerse á la guerra. — Decreta sobre la marcha un tercer alistamiento, saca nuevas fuerzas de Francia y de Italia, crea con una prontitud extraordinaria un ejército de reserva de cien mil hombres y da parte al Austria de estas medidas. — Estado floreciente del ejército francés en el Vístula inferior y en el Passarge. — Rigores de aquel invierno tan tardío. — Aprovecha Napoleón aquella temporada de inacción para emprender el sitio de Dantzig. — El mariscal Lefebvre se encarga del mando de las tropas, y el general Chasseloup de la dirección de las operaciones del cuerpo de ingenieros. — Largos y dificultosos trabajos de aquel memorable asedio. — Los dos soberanos de Prusia y de Rusia se deciden á enviar á Dantzig un poderoso refuerzo. — Napoleón por su parte dispone sus cuerpos de ejército de una manera conveniente para poder reforzar al mariscal Lefebvre en caso imprevisto. — Memorable combate trabado bajo los muros de Dantzig. — Últimos trabajos de aproximación. — Dispónense los franceses al asalto. — Entrégase la plaza. — Acopios inmensos de granos y vinos encontrados en la ciudad. — El mariscal Lefebvre es creado duque de Dantzig. — La vuelta de la primavera decide á Napoleón á tomar otra vez la ofensiva. — Fíjase el 10 de junio de 1807 para la renovación de las operaciones. — Los rusos se anticipan á los franceses, y dirigen el 5 de junio un ataque general contra los acantonamientos del Passarge. — El mariscal Ney, contra el cual se abalanzaron las dos terceras partes del ejército ruso, se mantiene firme con intrepidez heroica entre Guttstadt y Deppen. — Este mariscal da tiempo á Napoleón para avanzar sobre Deppen con todo el ejército francés. — Napoleón toma á su vez con ímpetu la ofensiva y repele á los rusos á estocadas. — El general Benningsen se retira precipitadamente hacia el Prégel bajando por el Alle. — Napoleón emprende su marcha para interponerse entre Königsberg y el ejército ruso. — La cabeza del ejército francés tropieza con el ejército ruso acampado en Heilsberg. — Sangriento combate trabado el 10 de junio. — Llega Napoleón por la noche á Heilsberg con el grueso de sus fuerzas, se dispone á dar al día siguiente una batalla decisiva, y los rusos abandonan el campo. — Continúa maniobrando para interceptarles el paso á Königsberg. — Envía su izquierda, compuesta de los cuerpos de los mariscales Soult y Davot, á Königsberg, y con los cuerpos de los mariscales Lannes, Mortier, Ney, Bernadotte y la guardia, persigue al ejército ruso por el Alle abajo. — El general Benningsen, temeroso de la suerte anunciada á Königsberg, intenta acorrer á esta plaza y se apresura á atravesar el Alle en Friedland. — Sorpréndele Napoleón en la mañana del 14 en el momento de atravesar el Alle. — Memorable batalla de Friedland. — Los rusos, derrotados, se retiran hacia el Niemen abandonando á Königsberg. — Toma de Königsberg. — Armisticio propuesto por los rusos y aceptado por Napoleón. — Traslación del cuartel general francés á Tilsit. — Entrevista de Alejandro y de Napoleón en una balsa colocada en medio del Niemen. — Napoleón brinda á Alejandro á atravesar el Niemen y á fijar su residencia en Tilsit. — Establécense entre los dos monarcas una completa intimidad. — Napoleón seduce el ánimo de Alejandro y le hace aceptar sus vastos proyectos, reducidos á obligar á la Europa entera á tomar las armas contra Inglaterra si se niega ésta á una paz equitativa. — Ofrece á Alejandro, en recompensa de su aquiescencia, la repartición del imperio turco. — Discusión acerca de Constantinopla. — Adhiérese por fin Alejandro á todos los proyectos de Napoleón, ligándose á él con la amistad más sincera en la apariencia. — Napoleón, en obsequio de Alejandro, consiente en restituir al rey de Prusia parte de sus Estados. — El rey de Prusia se traslada á Tilsit. — Papel que hace entre Alejandro y Napoleón. — Pasa también á Tilsit la reina de Prusia para conseguir de Napoleón algunas concesiones favorables. — A pesar de los miramientos con que recibe á esta desgraciada reina, Napoleón permanece inflexible. — Conclusión de las negociaciones. — Tratados patentes y secretos de Tilsit. — Pactos ocultos ignorados en Europa. — Napoleón y Alejandro, acordes en todos los puntos, se separan con notables muestras de afecto y prometiéndose volverse á ver en breve. — Regreso de Napoleón á Francia después de una ausencia de cerca de un año. — Su gloria después de Tilsit. — Carácter de su política en aquella época.

Mientras Napoleón, acantonado en el Vístula inferior, esperaba entre las nieves de la Polonia que la vuelta de la primavera le permitiese tomar otra vez la ofensiva, y empleaba esta temporada de aparente inacción en sitiar á Dantzig, aumentar su ejército y gobernar

su vasto imperio, el Oriente, recientemente empeñado en la contienda del Occidente, prestaba á sus armas un eficaz auxilio y ofrecía á su política un ruidoso triunfo.

Hemos retratado ya al sultán Selim, lo noble de su carácter y lo cultivado de su entendimiento. Hemos se-

ñalado también lo apurado de su situación entre la Rusia y la Inglaterra, que le eran antipáticas, y la Francia á la cual era afecto por instinto y por previsión, porque conocía bien que ésta no codiciaría nunca la posesión de Constantinopla, por grande que fuera su ambición. Fáltanos referir lo que ocurrió mientras el ejército francés daba en diciembre la batalla de Pultusk, y en febrero la de Eylau.

El sultán Selim, como ya hemos dicho, había empezado destituyendo á los hospodares de Valaquia y de Moldavia, Maruzzi é Ipsilanti, notoriamente ganados por la política rusa; pero como el ministro de Rusia Italinski le hubiese amenazado inmediatamente con un rompimiento si no los restablecía en sus puestos, cedió á esta amenaza y se resignó á restituir el gobierno de las provincias del Danubio á dos enemigos declarados de su imperio. Para exigir esta concesión invocaba la Rusia el tratado de Cainardge, que le confería cierto derecho para intervenir en el gobierno de la Moldavia y de la Valaquia. Pero no bien obedeció el sultán, obligado por el deseo de sus ministros, escribió á Napoleón solicitando su indulgencia, y asegurándole que el acto á que acababa de acceder no significaba en manera alguna que rompía su alianza con la Francia, sino que era una medida de prudencia que hacía necesaria la espantosa desorganización de las fuerzas turcas. Contestóle Napoleón inmediatamente, y lejos de desanimarle con muestras de desagrado, le compadeció, le halagó, le estimuló y puso á su disposición el doble auxilio del ejército francés de Dalmacia, que podía dirigirse por la Bosnia al Danubio inferior, y de la escuadra francesa de Cádiz que estaba dispuesta á dar la vela desde las costas de España hacia los Dardanelos. Esta escuadra, protegida por los estrechos, así que hubiera atravesado el Bósforo debía enseñorearse en breve del mar Negro, prestando en él á los turcos un grande apoyo. Entretanto Napoleón mandó salir de la Dalmacia varios oficiales de artillería y de ingenieros para cooperar con los turcos á la defensa de Constantinopla y de los Dardanelos.

Usando diestramente el general Sebastiani de los medios que tenía á su disposición, estimuló sin cesar al sultán y al diván para decidirlos á declarar la guerra á los rusos. Hacía valer para con ellos los prodigiosos triunfos de Napoleón en las llanuras del Norte, su marcha atrevida al otro lado del Vístula, su grandioso proyecto de reconstruir la Polonia, y prometió en su nombre que si la Puerta tomaba las armas, obtendría para ella la revocación de los tratados que la ponían bajo la dependencia de la Rusia, y aun quizá la restitución de la Crimea.

De grado hubiera seguido el sultán Selim los consejos del general Sebastiani, pero sus ministros estaban discordes. La mitad de ellos, vendidos á los rusos y á los ingleses, eran abiertamente traidores; los demás temblaban pensando en la impotencia á que había quedado reducido el imperio otomano. Aunque este imperio contase todavía más de trescientos mil soldados, bárbaros la mayor parte, algunos medio instruídos, y una escuadra de unos veinte navíos de regular apariencia, sus fuerzas, tan mal organizadas como dirigidas, apenas podían hacer frente á los rusos y á los ingleses, á no ser que se admitiesen en las filas del ejército turco oficiales

franceses que comunicasen á la larga el arte europeo á aquellas tropas, que, aunque valientes, sin duda no sentían ya, como antiguamente, la pujanza del fanatismo para batirse sin los recursos de la ciencia militar. Mientras la Puerta estaba entregada á estas perplejidades, los rusos, poniendo fin á sus incertidumbres, habían atravesado el Dniester á pesar de la reposición de los dos hospodares en sus empleos. La atracción invencible que los lleva siempre hacia Constantinopla, había hecho enmudecer todas las consideraciones de la prudencia; porque, en efecto, era indisculpable en ellos emplear cincuenta mil hombres contra los turcos cuando tenían encima al ejército francés, pudiendo apenas oponerle doscientos mil. Pero en medio de los trastornos del siglo, la idea dominante á la sazón en todos los gobiernos era el aprovecharse de las ocasiones para lograr todo lo que se codiciaba. Juzgaban, pues, los rusos que había llegado quizás el momento de apoderarse de la Valaquia y de la Moldavia, y los ingleses por su parte no sentían aquel pretexto para volver á presentarse en Egipto. Si no estaban de acuerdo aún unos y otros para repartirse inmediatamente el imperio turco, negocio sobre el cual parecía muy difícil un acuerdo terminante, por lo menos estaban convenidos en arrancar de la Puerta el influjo de la Francia y en hacerlo por medio de la fuerza. Los rusos debían atravesar el Dniester y los ingleses los Dardanelos. Al mismo tiempo debía una escuadra bloquear á Alejandría.

Esto explica por qué los rusos habían atravesado el Dniester después de repuestos los hospodares. Marcharon en tres cuerpos, uno sobre Chocsin, otro sobre Bender y el tercero sobre Jassi. Su proyecto era avanzar sobre Bucharest para ponerse en comunicación con los servios insurrectos. Sus fuerzas activas ascendían á cuarenta mil hombres, y á cincuenta mil contando las reservas que habían quedado atrás.

Mientras los rusos operaban por su lado, el almirantazgo inglés daba órdenes al contraalmirante Louis para que se dirigiese con tres navíos hacia los Dardanelos, atravesase el paso sin cometer ningún acto de hostilidad, lo cual era fácil porque los turcos en aquella época consentían la entrada á los buques armados de Rusia y de Inglaterra, hiciese allí un mero reconocimiento de las localidades, recogiese las familias de los comerciantes ingleses que no quisieran presenciar en Constantinopla los sucesos que probablemente sobrevendrían, y volviese después á Tenedos á esperar dos divisiones, la del almirante Sidney Smith, procedente de los mares de Levante, y la del almirante Duckworth, procedente de Gibraltar. Las tres divisiones, compuestas de ocho navíos, varias fragatas, corbetas y bombardas, debían ser comandadas por el almirante Duckworth, y empezar á maniobrar así que lo requiriese el embajador de Inglaterra en Constantinopla sir Arbuthnot.

Al tener los turcos noticia de aquel despliegue de fuerzas por mar y por tierra, ya por la marcha de los rusos al otro lado del Dniester, ya por la aparición del contraalmirante Louis en los Dardanelos, consideraron la guerra como inevitable y la aceptaron, unos con entusiasmo, otros con terror. Aunque la Rusia protestaba, encareciendo su ánimo inofensivo, y declaraba que sus tropas iban á ocupar pacíficamente las provincias del Danubio para garantizar el cumplimiento de los trata-

dos, la Puerta no se dejó engañar y mandó sus pasaportes á Italski. Inmediatamente quedaron cerrados los dos estrechos al pabellón militar de todas las potencias. Los bajás de las provincias fronterizas recibieron órdenes de reunir tropas, y Mustafá Baraictar fué designado para escarmentar á los rusos con ochenta mil hombres por el desprecio que habían hecho del ejército turco, llevado hasta el punto de invadir el imperio con cincuenta mil hombres escasos.

Después de haber salido de Constantinopla Italski quedó allí el ministro de Inglaterra Arbuthnot, á quien no se podía expulsar con motivo fundado, puesto que las fuerzas británicas no habían cometido ningún acto de hostilidad. Mr. Charles Arbuthnot tomó á su vez la actitud más amenazadora, exigió fuese otra vez llamado Italski, la expulsión del general Sebastiani, la adopción inmediata de una política hostil á la Francia, la renovación de los tratados que unían á la Puerta con la Inglaterra y la Rusia, y por último la libre entrada del pabellón británico en los estrechos. No era posible llevar más adelante la exigencia en las cosas y la arrogancia en el lenguaje. Mr. Charles Arbuthnot osó declarar también que si no se aceptaban inmediatamente estas condiciones, su retirada acompañaría sin demora á la de Italski y se trasladaría á bordo de la escuadra inglesa, fondeada á la sazón en Tenedos, para que se trasladase á viva fuerza bajo los muros de Constantinopla. Esta amenaza puso al diván en la consternación más profunda. Apenas se contaba con las fortificaciones de los Dardanelos, de mucho tiempo atrás descuidadas, y una vez atravesado este paso, no había más que resignarse á la idea de ver la escuadra inglesa dueña del mar de Mármara, destruyendo con sus fuegos el serrallo, Santa Sofía y el arsenal de Constantinopla.

Era por lo tanto general la disposición á ceder á aquellas exigencias; pero el diestro embajador que representaba á la sazón á la Francia en Constantinopla, y que tenía la ventaja de ser á un mismo tiempo diplomático y militar, sostuvo el vacilante ánimo de los turcos. Demostróles todos los inconvenientes que podía arrastrar en aquellas circunstancias una conducta pusilánime; encareció á sus ojos la coincidencia de los proyectos de Inglaterra y Rusia, la reunión de sus esfuerzos para invadir el territorio otomano por mar y tierra, la próxima reunión de un ejército ruso con una escuadra inglesa bajo los muros de Constantinopla, el peligro de una desmembración total del imperio, ó cuando menos de una desmembración parcial con la ocupación simultánea de la Valaquia, de la Moldavia y del Egipto. Remontó hasta las nubes el nombre de Napoleón, sus victorias, su presencia en el Vístula y las ventajas que podrían sacar de una alianza con él. Anunció el próximo envío de socorros considerables, y prometió la restauración de la antigua potencia otomana si los turcos se decidían á desplegar momentáneamente su antiguo denuedo. Estas amonestaciones, que llegaron á oídos del sultán y de los varios miembros del gobierno, ya directamente, ya por vías indirectas bien elegidas, secundadas además por la evidencia del peligro y por las noticias que sucesivamente fueron llegando de la expedición triunfal de Napoleón, produjeron el efecto que era de esperar, y el diván, después de muchas alternativas de exaltación y abatimiento, puso fin á esta nego-

ciación negándose á las exigencias de Mr. Charles Arbuthnot y mostrándose firmemente resuelto á dejar que se retirara.

Dejó á Constantinopla el ministro de Inglaterra el 29 de enero, y se embarcó en el *Endimion* para pasar á bordo de la escuadra mandada por sir John Duckworth, que fondeaba en Tenedos fuera de los Dardanelos. Mr. Charles Arbuthnot, por espacio de quince días, estuvo continuamente amagando á la Puerta con el bombardeo de la escuadra británica, pasando de este modo en parlamentar el tiempo que empleaba el almirante Duckworth en esperar un viento favorable. El general Sebastiani, por su parte, después de haber excitado á la Puerta á tomar una resolución enérgica, tenía que llenar con ella un compromiso, más arduo todavía, cual era el de despertarla de su apatía, vencer su negligencia, y decidirla por fin á construir algunas baterías, ya en los estrechos, ya en la misma Constantinopla. No era fácil conseguirlo de un gobierno incapaz, degenerado de largo tiempo atrás, y como entontecido y embargado á la sazón por el temor de los navíos ingleses, más aún que por el de los ejércitos rusos. Sin embargo, á fuerza de insistir, ya con el sultán, ya con sus ministros, y auxiliado por sus edecanos Lascours y de Coigny, consiguió que se decretase y se empezase á poner por obra un armamento, que, aunque muy imperfecto, bastó sin embargo para inspirar recelos al almirante inglés, quien escribió á su gobierno que la operación, aunque no del todo imposible, sería sin embargo más difícil de lo que se creía en Londres.

Por último, no habiendo producido ningún resultado las negociaciones entre Mr. Arbuthnot y el Reiss-Effendi, y soplando por fin el viento Norte tan deseado, el almirante Duckworth dió la vela el 19 de enero por la mañana hacia los fuertes de los Dardanelos.

No hay en el mundo una posición más conocida, aún por los hombres menos versados en conocimientos geográficos, que la de Constantinopla, situada en medio del mar de Mármara, mar cerrado donde no se puede penetrar sino forzando los Dardanelos ó el Bósforo. Cuando yendo del Mediterráneo se remonta el estrecho de los Dardanelos por espacio de doce leguas, estrecho que, por la proximidad de sus costas y por su corriente continua, parece un caudaloso río, se sale al mar de Mármara, que tiene veinte leguas de ancho y treinta de largo, y se encuentra en un pintoresco promontorio bañado por un lado por el mismo mar de Mármara y por el otro por el río de Aguas-Dulces, la ciudad inmortal, metrópoli del islamismo, que fué para los griegos Bizancio, para los romanos Constantinopla y para los turcos Stambul. Mirada desde el mar, presenta un anfiteatro de mezquitas, de alcázares moriscos, entre los cuales descuellan las cúpulas de Santa Sofía, y en el punto más culminante del promontorio que ocupa, se divisa el serrallo, donde los descendientes de Mahoma, hundidos en la molicie, se adormecen ante el peligro de un bombardeo desde que su vil incapacidad tiene abandonada la defensa del Bósforo y de los Dardanelos, de estas dos puertas de su imperio que sin embargo son tan fáciles de cerrar.

Una vez atravesados los Dardanelos, cruzado el mar de Mármara y traspuesto el promontorio en que asienta Constantinopla, se abre otro estrecho más angosto aún

y formidable, de siete leguas solamente de longitud, cuyas costas están tan próximas la una á la otra, que si estuviera bien defendido no habría escuadra que en él se salvara. Este estrecho es el Bósforo, que conduce al mar Negro. Los Dardanelos son para el imperio otomano el paso franco por el lado de la Inglaterra, y el Bósforo el paso franco para la Rusia, y si bien los rusos tienen en contra suya la angostura del Bósforo, los ingleses tienen en cambio que luchar con la corriente de las aguas que vierten sin cesar del mar Negro en el Mediterráneo. Esta corriente, contra la cual es imposible navegar sin un viento favorable de Mediodía, fué la que se dispusieron á remontar los ingleses el día 19 de febrero de 1807. El almirante Duckworth, teniendo bajo sus órdenes á los dos contraalmirantes Louis y Sidney-Smith con siete navíos, dos fragatas y varias corbetas y bombardas, subió en columna hacia el estrecho de los Dardanelos. El día antes había perdido el navío *Ajax* que fué devorado por las llamas. Con viento propicio atravesó en breve la primera parte del canal que corre de poniente á levante, y cuya anchura es tal que nunca han tratado de defenderla los dueños de aquellos mares. Desde el cabo llamado de los *Barberos* hasta Sestos y Abydos, tuerce el canal al Norte, y se estrecha tanto que es por aquella parte sumamente peligroso el arrostrar los fuegos cruzados; vuelve luego á desviarse otra vez hacia el levante, formando un codo defendido con formidables baterías. Sus fuegos cogen á los buques en su longitud, de modo que una escuadra que tenga el atrevimiento de forzar el paso, además de recibir por derecha é izquierda las descargas de las baterías de Europa y de Asia, tiene que sufrir de frente el fuego de las baterías de Sestos por espacio de una legua larga. Los fuertes llamados de los Dardanelos estaban situados á la entrada y á la salida de este angosto paso, contruidos de mampostería ya ruinosa, armados de pesadas bombardas de difícil manejo que lanzaban enormes balas de piedra, terror en otro tiempo de las armadas cristianas.

A pesar de los esfuerzos que hizo el general Sebastiani para excitar á los turcos á defender los Dardanelos; la escuadra inglesa no tuvo que arrostrar grandes peligros. No perdió ninguno de sus palos; sólo tuvo unas cuantas velas desgarradas y perdió unos sesenta hombres entre muertos y heridos. Al llegar al cabo Nágara, á la entrada del mar de Mármara, encontró emboscada una división turca que se componía de un navío de sesenta y cuatro cañones, cuatro fragatas pequeñas y dos corbetas. Era imposible situar peor esta división y más inútilmente que en aquel paraje. Sólo hubiera podido ser útil si bien apostada y dirigida hubiera unido su acción con la de las baterías de tierra; pero inactiva durante el paso, y condenada después á un anclaje sin defensa, parecía dispuesta allí para servir de presa á los ingleses y compensarles el daño que acababan de sufrir sin poder tomar desquite. Sir Sidney-Smith fué el encargado de destruirla, lo que no era muy difícil porque las tripulaciones se hallaban la mayor parte en tierra, y en breves instantes se vieron precisadas las naves turcas á tomar la costa. Persiguieronlas los ingleses hasta sus canoas, y no teniendo seguridad de poderlas ahuyentar á la vuelta, prefirieron incendiarlas, dejando sólo salva una corbeta que quedó fondeada. Sin em-

bargo, esta segunda operación les costó unos treinta hombres.

El 21 de febrero por la mañana se presentaron ante la ciudad de Constantinopla, consternada de ver una escuadra enemiga cuyos fuegos no había medio de desviar ni combatir. Una gran parte de los habitantes pedían aterrados que se cediese á las exigencias de los ingleses; otros lanzaban indignados gritos de furor. Las mujeres del serrallo, que eran las más expuestas á las balas del almirante Duckworth, turbaban la morada imperial con sollozos y lamentos. Renováronse en el seno del diván las antiguas alternativas de debilidad y de furor: el sultán Selim quería la defensa; pero los clamores con que le instaban y los consejos de algunos ministros infieles que alegaban para disponerle á ceder una falta de recursos de que eran ellos mismos culpables autores, contribuían á desanimar su corazón, más generoso que enérgico. Entonces el embajador de Francia corrió en busca de Selim, procuró avergonzarlos á él, á sus ministros y á todos los que le rodeaban, con la idea de rendirse á una escuadra que no tenía un solo soldado de desembarco, y que si bien podía incendiar unas cuantas casas y agujerear la bóveda de algún edificio, tendría en breve que retirarse después de hacer inútiles y odiosos destrozos. Aconsejó resistir á los ingleses, ganar tiempo por medio de una simulada negociación, enviar á Andrinópolis las mujeres, la corte y todos los que clamasen y tuviesen miedo, servirse después de la parte enérgica de la población para establecer baterías en la altura del serrallo, y hecho esto, negociar con la escuadra británica mostrándole la boca de sus cañones.

Además las pretensiones de los ingleses eran de tal naturaleza, que bastaban su dureza y el modo arrogante de manifestarlas para que prevalecieran los consejos del general Sebastiani. Mr. Arbuthnot, á quien el almirante estaba subordinado en todo lo relativo á la política, había querido que se hiciese una intimación preliminar á la Puerta reducida á pedir la expulsión de la legación francesa, una inmediata declaración de guerra á la Francia, la entrega de toda la escuadra turca, y por último la ocupación de los fuertes del Bósforo y de los Dardanelos por los ingleses y los rusos. Conceder semejantes cosas equivalía á entregar el imperio, su marina, y las llaves de su capital, á discreción de sus enemigos de mar y tierra. Los ingleses, esperando la respuesta fueron á fondear á las islas de los Príncipes, situadas cerca de la costa de Asia á cierta distancia de Constantinopla.

No se descuidó el general Sebastiani en hacer que el sultán y sus ministros se penetrasen de lo vergonzoso y peligroso que era el sufrir semejantes condiciones. Llegó por fortuna en aquel momento un correo procedente de las orillas del Vístula con una nueva carta de Napoleón llena de amonestaciones enérgicas para el sultán. —«Generoso Selim, le decía, muéstrate digno de los descendientes de Mahoma. Llegó la hora de que te emancipes de los tratados que te oprimen. Yo estoy cerca de tí ocupado en reconstituir la Polonia, tu amiga y tu aliada. Uno de mis ejércitos está dispuesto á bajar por el Danubio y á caer por el flanco sobre los rusos, á quienes tú acometerás de frente. Va á salir de Tolón una de mis escuadras para custodiar tu capital y el mar Negro. Ten ánimo, pues, porque nunca volverás á en-

contrar una ocasión igual para regenerar tu imperio é ilustrar tu memoria.»—Estas exhortaciones, aunque no eran nuevas, no podían ser más oportunas. El corazón de Selim, alentado por las palabras de Napoleón y por las instancias urgentes del general Sebastiani, concibió los más nobles proyectos (1). Habló enérgicamente á sus ministros, congregó el diván y los ulemas, les comunicó las proposiciones de los ingleses, que llenaron de indignación á todos, y se resolvió por unanimidad defenderse contra la escuadra inglesa, intentase lo que quisiera; pero siempre siguiendo los prudentes consejos del general Sebastiani, es decir, procurando ganar tiempo en negociaciones, y empleando el tiempo ganado en fortalecer el contorno de la ciudad con formidables baterías.

Se empezó primeramente contestando á Mr. Arbuthnot que, sin entrar en el fondo de las proposiciones, sólo se escucharían éstas después que la escuadra inglesa hubiese tomado una posición menos amenazadora, porque la Puerta faltaría á su dignidad deliberando bajo las amenazas del cañón enemigo. Se necesitaba por lo menos un día para ir desde Constantinopla á las islas de los Príncipes y volver; por lo tanto bastaban unas cuantas comunicaciones para que transcurriesen los pocos días que se necesitaban. Cuando llegó la respuesta de la Puerta, Mr. Arbuthnot acababa de caer enfermo de repente, pero su influjo continuaba preponderando en el estado mayor de la escuadra inglesa. Los almirantes conocían, lo mismo que él, que bombardear á Constantinopla era una empresa bárbara; que no teniendo tropas de desembarco, si los turcos resolvían defenderse, se verían precisados á retirarse después de cometer inútiles destrozos; que además, al hacerlo, tendrían que forzar de nuevo el paso de los Dardanelos con una escuadra maltratada quizás, y atravesando unas baterías probablemente mejor defendidas la segunda vez que la primera. Por lo tanto, juzgaban más prudente que se tratase de conseguir el todo ó parte de sus demandas por intimidación y sin llegar á emprender un bombardeo. La entrega de la escuadra turca era el trofeo que más codiciaban. Decidido esto, el almirante Duckworth, que hacía las veces de Mr. Arbuthnot enfermo, respondió á los turcos que estaba dispuesto á que se señalase un punto á propósito para negociar, y pidió que se fijase inmediatamente para mandar uno de sus oficiales. No se apresuró la Puerta para replicar á esta comunicación, y dos días después propuso para negociar el punto de Kadikoi, antigua Calcedonia, más abajo de Scutari, frente por frente á Constantinopla. En el estado de exasperación en que se hallaban los turcos, no era aquel lugar

(1) El sultán Selim III, mahometano espurio y semi-europeo, presumía merecer bien del imperio otomano aceptando la cooperación interesada de la Francia, sin advertir que con esto sólo lograba acelerar su ruina. El imperio turco, políticamente hablando, nunca debía abdicar aquellos primitivos principios de intolerancia, abuso, y creencia ciega, que tanta energía le comunicaron en los siglos XVI y XVII; y el sultán Selim hacía todo lo posible por enervarlos introduciendo en sus Estados costumbres que bastardeaban el espíritu del islamismo. El apoyo de la Francia podía comunicarle momentáneamente cierto denuedo, pero era porque no meditaba que Napoleón, al hablarle de *dignidad*, de *emancipación* y de *regeneración*, disponía de él y le mandaba á su placer como á cualquiera de sus lugartenientes, dictándole órdenes terminantes al mismo tiempo que le excitaba en la apariencia á mostrarse independiente y digno de sus antecesores. (N. del T.)

ni muy seguro ni muy conveniente para el oficial inglés que fuese enviado de parlamentario. Así lo manifestó el almirante Duckworth, pidiendo se designase otro punto, amenazando operar inmediatamente si no se apresuraban las negociaciones.

Ganáronse algunos días en estos parlamentos ilusorios, y se emplearon en Constantinopla con toda actividad y acierto. Acababan de llegar varios oficiales de artillería y de ingenieros destacados del ejército de Dalmacia, y con su cooperación el mismo general Sebastiani se acampó en persona en medio de los turcos. Siguióle toda la legación, y hacían el oficio de intérpretes los jóvenes dedicados á las lenguas que también acudieron á ayudar á levantar las fortificaciones. Con el auxilio de la población y de nuestros oficiales, se erigieron como por ensalmo formidables baterías en la altura del serrallo, y en la parte de la ciudad que se extiende por el mar de Mármara. Pusieron en batalla más de trescientas bocas de fuego, arrastradas por un pueblo entusiasta que miraba en aquel momento á los franceses como sus libertadores. El mismo sultán Selim, lleno de júbilo ante el espectáculo de unos preparativos tan rápidamente dispuestos, quiso que se le alzase una tienda al lado de la del embajador de Francia, y exigió que cada uno de sus ministros se estableciese en una batería. La ciudad tomaba á cada hora un aspecto más imponente, y los ingleses veían abrirse nuevas trincheras por donde asomaban sus bocas los cañones.

Después de pasar así siete ú ocho días, empezó á subir de punto el temor que desde un principio había contenido á los ingleses de hacer un destrozo inútil y aun quizá peligroso, y de que el segundo paso de los Dardanelos les fuese más costoso que el primero. Advirtiendo que nada ganaba con esperar más el almirante Duckworth, hizo su postrera intimación, en la que procurando reducir sus exigencias y aumentar sus amenazas, se contentó con exigir que se le entregase la escuadra turca, declarando que iba á marchar sobre Constantinopla si inmediatamente no se le designaba un punto á propósito para negociar. Pero esta vez, estando ya tomadas casi todas las disposiciones en Constantinopla, se dió por respuesta al almirante inglés, que en el estado actual de los ánimos no era posible designar un sitio bastante seguro para que no corriese peligro la vida de los negociadores que enviase.

Con esta respuesta ya no quedaba más que romper el cañoneo, pero el almirante Duckworth no contaba sino con siete navíos y dos fragatas; se veía amenazado por una masa formidable de artillería, y recibía además la noticia de que los pasos de los Dardanelos estaban erizados de cañones por obra de los franceses; por lo tanto estaba seguro de que iba á cometer contra Constantinopla una barbarie sin objeto y sin disculpa, y de llegar con una escuadra desmantelada á un estrecho mucho más difícil de atravesar, y así, después de pasar once días en el mar de Mármara, levó anclas el 2 de marzo, se presentó en batalla bajo los muros de Constantinopla, ordenó unas cuantas bordadas casi á tiro de cañón, y persuadido de que no intimidaba á los turcos, dispuestos á la defensa, fué á fondear á la entrada de los Dardanelos, proponiéndose atravesar el estrecho al siguiente día.

Mientras en la escuadra inglesa todo era confusión y

despecho, en Constantinopla se experimentaba el mayor júbilo al ver las velas enemigas perderse en el horizonte con dirección á los Dardanelos. Franceses y turcos se daban mutos parabienes por este resultado feliz de un momento de arrojo, y la escuadra turca recientemente equipada, entusiasmada con aquel acontecimiento, quiso dar la vela para perseguir á los ingleses. En vano intentó el general Sebastiani precaver esta imprudencia, que podía suministrar al almirante Duckworth la ocasión de ilustrar su retirada con la destrucción de la escuadra otomana; el pueblo alzaba tal gritaría, y las tripulaciones se mostraban tan animosas, que el gobierno, tan incapaz para reprimir los ímpetus irreflexivos del valor como para sacudir el sueño de la cobardía, tuvo que consentir la salida de la escuadra, y el capitán-bajá levó el ancla mientras los ingleses, acelerando la retirada, huían, sin advertirlo, del triunfo que los iba solicitando.

Al siguiente día, 3 de marzo, se internó la escuadra inglesa en la parte angosta y peligrosa del estrecho de los Dardanelos. Los pocos oficiales franceses que se pudieron enviar á aquel punto estimularon el celo de los turcos con el mismo éxito que en Constantinopla. Las baterías estaban reparadas y mejor servidas, pero desgraciadamente su pesada artillería, montada en malas cureñas, estaba entregada á manos inexpertas. Sin embargo, lanzaron contra la escuadra inglesa bastantes balas de mármol de más de dos pies de diámetro, que hubieran podido hacer mucho destrozo yendo bien dirigidas. Los ingleses sólo emplearon hora y media en atravesar la parte angosta del canal desde el cabo Nágara hasta el de los Barberos, merced á los vientos del Norte muy favorables á su rumbo. Condujéronse con el valor peculiar de su marina, pero sufrieron esta vez considerables averías. Muchas de sus naves fueron taladradas por aquellos enormes proyectiles, que las hubieran echado á pique si hubieran sido huecos y llenos de pólvora, como los que se emplean ahora. La mayor parte de los buques de la escuadra salieron del estrecho en un estado que exigía prontas reparaciones. Este segundo paso costó á los ingleses más de doscientos hombres entre muertos y heridos, pérdida poco considerable si se compara con la carnicería de las grandes batallas de tierra, pero que no carece de importancia atendido el resultado ordinario de los combates navales. Mientras la división inglesa salía de los Dardanelos, el almirante Siniavin llegaba á Tenedos con una división rusa de seis navíos. Hizo las mayores instancias al almirante Duckworth para que se decidiese á renovar la operación; pero después del revés que acababa de sufrir, una nueva tentativa hubiera sido extravagante, porque los seis navíos rusos no hubieran probablemente cambiado la situación ni disminuído la dificultad de una manera notable.

Así acabó aquella empresa frustrada por la insuficiencia de los medios y por escrúpulos de humanidad tan poco comunes á la sazón en la política inglesa. Este resultado afectó muy singularmente á la Inglaterra. Napoleón lo celebró mucho, como era natural, porque además del efecto moral producido en Europa por el suceso de Constantinopla, efecto ventajosísimo para él, la lucha empeñada con los turcos venía á ser para sus armas una de las más útiles diversiones.

Estaba la Europa en aquella época conmovida con la terrible batalla de Eylau, comentada en muy diversos sentidos. Holgábanse unos de que se hubiera logrado contener á los franceses; otros, y eran los más, estaban maravillados del sacrificio enorme que se acababa de consumir para detenerlos un momento: sacrificio terrible, porque había sido preciso nada menos que entregarles un ejército para que lo acuchillasen, arrojándose-lo, por decirlo así, en medio del camino de su triunfo como un obstáculo material para su marcha. Verdad es que aquella era la primera vez que los triunfos de los franceses parecían menos decisivos que de costumbre; pero no por eso el ejército ruso había dejado de perder en aquella sangrienta jornada la tercera parte de su fuerza efectiva, y si el general Benningsen, para disimular su derrota, intentaba algunos amagos de vana presunción contra nuestros cuarteles de invierno, érale imposible fraguar cosa alguna de importancia y oponerse á uno solo de los sitios emprendidos á su vista. Napoleón, que empezaba á reunir sus refuerzos, tenía para destruirle cien mil hombres sobre las armas, sin contar las tropas francesas ó aliadas que protegidas por el grande ejército sitiaban por la izquierda á Dantzig, y por la derecha acababan la conquista de las plazas de la Silesia. La única dificultad que impedía á Napoleón dar fin á esta campaña, ya tan larga, era, como hemos visto, la de los transportes. Si hubiera helado con alguna constancia, hubiera sido posible conducir por acarreo municiones para el ejército durante una operación ofensiva; pero las alternativas de hielo y deshielo hacían imposible el reunir provisiones para varios días. Hubo que esperar pues á la próxima estación, y Mr. de Talleyrand, que continuaba en Varsovia, echaba mano de todos los recursos, de instancias, de dinero, de promesas y hasta de amenazas para asegurar el transporte de los víveres indispensables desde el Vístula al Passarge.

Debiendo prolongarse esta situación varios meses, aún quedaba lugar para entablar negociaciones. El delirio que había llevado á Napoleón al Vístula había empezado á calmarse desde que los obstáculos naturales empezaron á surgir, y sobre todo desde que empezó á estudiar la Polonia más de cerca. Reconocía por fin que los rusos, poco formidables para los soldados franceses no yéndolos á buscar más allá del Danubio y del Elba, auxiliados por su clima eran enemigos muy difíciles de vencer, y cuya sujeción exigía muy largo tiempo. Calculando en un principio por el entusiasmo que había advertido en Possen, había creído Napoleón que los polacos podrían suministrarle cien mil hombres; pero vió en breve que los habitantes de las aldeas, casi indiferentes á un cambio de dominación que los hacía esclavos del terruño bajo toda especie de dueños, huían á la Polonia austriaca de los horrores de la guerra: que el pueblo de las ciudades estaba entusiasmado y dispuesto á sacrificarse sin reserva, pero que la nobleza, más previsora, imponía condiciones que no podían admitirse sin imprudencia; que los oficiales que habían servido en los ejércitos franceses vivían en desacuerdo con los nobles que no habían salido de sus posesiones, y que unos y otros con sus rencillas aumentaban la dificultad de organizar militarmente el país; y veía por último que los alistamientos que debían subir á cien mil hombres, quedaban reducidos á quince mil bisoños imberbes, orga-